

Presentación de José Murgueytio para el catálogo de la muestra.

Cerca del 70% del organismo humano está compuesto de agua; hombres y mujeres somos una refinada arquitectura de acuíferos intra celulares y sistemas de irrigación que transportan energía. Aunque seamos capaces de prescindir de alimento por días y aun semanas, las necesidades de reposición del líquido no pueden postergarse más allá de un pequeño número de horas. Miramos a las estrellas y enviamos naves siderales en búsqueda de agua... la materia prima de la cual estamos hechos.

Debido a esta característica biológica, el ritmo de la expansión demográfica ha determinado una colosal incidencia humana sobre tan inapreciable recurso de la naturaleza. Los cerca de siete mil millones de habitantes del planeta nos hemos adueñado de un 60% del agua dulce existente en la Tierra y cabe pronosticar que en los próximos 25 años el porcentaje crezca hasta un 90, mientras que las demás especies animales deberán darse modos para subsistir con apenas el 10 % restante.

Pero el vertiginoso aumento del consumo no solo debemos atribuir al incremento vegetativo de la población. También ha crecido el consumo per cápita en los países, regiones y ciudades más ricos, donde el agua se desperdicia.

El patrón de desarrollo consumista al tiempo que provoca su uso desmedido e irracional, está originando la más dramática y quizás irreversible disminución de los mayores depósitos de agua dulce del planeta: los glaciares y capas de hielo, a resultas del calentamiento global causado por las emisiones gaseosas de automotores e industrias. Los automóviles son cada vez más numerosos y más grandes; ahora es signo de estatus social y de poder económico tener un 4 x 4, que consume cuatro veces más combustible que un auto pequeño y contamina con la misma proporción.

Ante nuestra vista y paciencia, las otrora diamantinas montañas de los Andes ecuatorianos -motivo de orgullo nacional y de una ancestral como variada expresividad artística-, van transformándose en espectrales y opacos montes calvos. El cambio no solo es estético – paisajístico; implica un salto a la desertificación, la pérdida de biodiversidad y el agravamiento de la pobreza en las comunidades rurales.

Asistimos al retroceso de los glaciares de montaña en calidad de espectadores de un fenómeno espontáneo o azaroso que poco o nada tiene que ver con las actividades productivas, la organización

económica y la cultura de consumo. Se trata de una alienada somnolencia que la muestra pictórica de Myriam Gaggini viene a despertar a través de lúcidas metáforas plásticas y escénicas.

“Glaciares: estados alterados” es una mirada reveladora de la impronta humana sobre la rápida fusión de los hielos. Está pautada por un doble discurso: apropiación de la realidad y repliegue sobre el lenguaje de los significados. El resultado es una pérdida del paisaje convencional, de la naturaleza primigenia e intocada: glaciares sucios y sangrantes, imágenes de desiertos, huracanes y mares encrespados debido a la contaminación ambiental.

Es la violenta reacción de una naturaleza herida, un estado alterado de la psique humana que ha desbordado y abarca el entorno planetario, una reinención del paisaje que atemoriza y angustia, tal cual se muestra en el impresionante acrílico “El grito” –paráfrasis de la obra homónima de Eduard Munch- donde el alarido infantil se pierde en un huracán desencadenado por el calentamiento global.

Sin embargo, la lóbreguez y la destrucción tienen su puerta de escape, un horizonte de término, que la artista encuentra en la metáfora del tiempo. El tic tac del reloj, símbolo del ritmo cardíaco, denota la permanencia humana... a pesar de todo, y asimismo advierte sobre la finitud de los plazos de sobre vivencia de no mediar las acciones que devuelvan la armonía y aquieten la turbulencia. En “Cotopaxi 2026” la boca humana devora los glaciares del volcán y marca el año en que la montaña habrá perdido todo su esplendor luminoso si la contaminación no tiene freno.

La indolencia y la inacción consecuente, ruta que lleva derecho a la catástrofe, están escenificadas en la instalación “Amarrados”, donde la disposición entrelazada de los zapatos –que impiden el movimiento- representan nuestro hoy y los pelos humanos desperdigados, la huella de una especie biológica cuya inteligencia no pudo evitar su propia extinción....

“Feliz cumpleaños” ahora... no importa que el obsequio sea iun glaciar de montaña! La artista ironiza sobre la irracionalidad y desenfreno del mercantilismo absorbente y de la actitud consumista, presentándolas como fuerzas adictivas y causas últimas del efecto invernadero. Afortunada o ¿desafortunadamente? son fuerzas de la cotidianidad, integran el inmediato entorno de tod@s y cada un@, y por ello mismo podrían ser derrotadas si mediara la suma de empeños y constancias individuales... aunque ello suponga “un acto volitivo de agotadora intensidad” (como se lee en la nota escrita en el acrílico...).

Dicho con otras palabras, el mundo que necesitamos cambiar no se encuentra más allá, está aquí, en el interior de casa, en la ropa que vestimos, en el camino que recorremos a diario, en el consumo que habitamos. Es este entorno, sin referentes monumentales, el que a Myriam Gaggini le lleva a mirar los glaciares como estados alterados, donde el paisaje queda interrumpido por el "desarrollo". Pinta el intervalo de la mirada, pausa de cordura que nos hace fijar en lo casi invisible de la cotidiana visibilidad.